

*Elvisado*

CUANDO LAS FLORES DE PASCUA  
SON FLORES DE AZAHAR

Para estar bien con Dios  
Mi primo Manuel Carrillo  
En Nochebuena pidió  
Boda a su prima Carrillo

Pie de décima; de romancillo  
ciego o romancillo loco que  
brinda el autor a quien  
escribirlo quiera.

PERSONAJES:

Don Manuel de Carrillo, el partido fantasmón del pueblo, un hombre que llegó a los cuarenta años en suntuosa soltería, bravo corredor de la montaña puertorriqueña, a quien no han podido reducir a matrimonio las conjuras casamenteras de toda la familia, ni el deletéreo veneno del vals "Sobre las Olas".

María del Carmen, María de los Angeles, María de los Dolores, las tres primas de don Manuel, capaces de abismar a un hombre en el lento romance de un voluptuoso amor, quienes como Laura, como Georgina, como Margarita, merecen una danza de Juan Campos o una postal de Pepe de Diego.

Felipe Carrillo, el hermano de crianza, ¿un bastardo?, el compadre, el mayordomo de la hacienda de don Manuel, un jíbaro sentencioso y sensual, quien a pesar de su sexto grado en una escuela de los americanos, de su apellido adoptivo, de que habla buen castellano mezclado con algún donaire jíbaro, no vive en el pueblo ni "picado".

Doña Bibiana Martínez, tía de don Manuel y régula de su casa, una dama suspirante, quien lleva con vetusta gracia la tradición de la familia.

Voces de chiquillos; algarabía de navidad.

\* \* \*

La acción en la salita íntima de la casona de los Carrillo en un pueblo de Puerto Rico. Una nochebuena tibia, olorosa a cántiga popular, a hoja de pastel, a turrón alacénado.

Manuel de Carrillo, en traje de casa, lo cual no le impide llevar el dril crujiente, el chaleco blanco, la leontina de dos dijes, el charol a la medida, descotado a dos botones, despide a su mayordomo Felipe Carrillo.

DON MANUEL - Pues anda, hombre; si es tu gusto largarte no insisto más. Tendría que enfadarme para continuar la súplica.

FELIPE- La nochebuena del pueblo no me tira, compadre. Total dos horas de camino para llegar al barrio, media hora para sacudirme del barro y a las doce a casa de Marcelo. Ya estará el rancho prendido. Allí empieza la noche.

DON MANUEL- Pues vete antes que entre la tía y te eche a perder el programita. Le ha dado este año con juntarnos a todos a pasar la Nochebuena. Una condenada costumbre de su padre, el español; muy patriarcal, pero muy molesta. Si llega a agarrarte no te vas.

FELIPE - Es que tu tía se ha empeñado en que yo soy hermano tuyo y para hacerle más llevadero el rosario al difunto, quiere colarme también a mí en la familia.

DON MANUEL - Muy seguro estás tú de no serlo.

FELIPE - Padre tenía cuando nací, a pesar de que el tuyo andaba suelto por el barrio y a mí me tiene muy dicho el comisario, que el único padre de uno es el que da el cura, aunque se metiera el tuyo por en medio.

DON MANUEL - Bueno, hombre. Después de todo, no es tan malo el parentesco.

FELIPE - Por muy bueno lo tengo y por eso no quiero que me entre en la sesera. Que no hay cosa más necia que un jíbaro enseñoreao y eso lo sé yo por lo mucho que he visto acá, en el pueblo.

DON MANUEL - ¡Vaya filosofía! Se te ha pegado la pringamosa de la montaña, hermano.

FELIPE - Y tú, ¿qué? ¿Por qué no ensillas y nos vamos a correr la noche como en los otros años?

DON MANUEL - No puedo, chico; tendría que darle un disgusto a la tía. Se ha agarrado esta vez de un argumento terrible: me siento vieja, mira que puede ser mi última nochebuena. En fin, hay que quedarse. Además, no te vayas a reír, ¿eh?, creo que vamos llegando a la edad de quietarse un poco. No sé si es mi corazón el que necesita un poco de paz o si es el cuerpo, el que pide misericordia. Son muchas madrugadas, Felipe, imuchas! ¿No crees tú?

FELIPE - Así empieza un hombre a meterse a viejo. Menos mal que por fuera no se te ve.

DON MANUEL - ¡Porque está por dentro, compadre! Esta tarde estuvo también don Eusebio, a tentarme. Tiene un baile, una de esas plenas infatigables que necesitan piernas de jíbara para resistirla. Pero no me decidí. Me huelo que ésta va a ser mi primera nochebuena triste.

FELIPE - ¡Hum! No te falta a ti palabra para convencer a la vieja o para engañarte a ti mismo cuando lo necesitas. ¿No te habrán dado brava en algún barranco?

DON MANUEL - ¡Ojalá! Por lo menos tendría una razón sentimental para odiar a las mujeres y el odio de un Carrillo dura veinte años.

FELIPE - Y el amor veinte minutos, ya lo sabemos.

DON MANUEL - De verdad, ¿no te quedas? Se me haría más fácil la encerrona.

FELIPE - No puede ser, compadre. Nochebuena de Felipe Carrillo tiene que ir a parar a la montaña. No has visto cómo prepara el cura su nacimiento para cosquillearle la santidad de la noche a sus beatucas. ¡Con papelones verdes, con casitas de pastores! Pues así me imagino yo que hay que pasarla. ¡Entre los papelones verdes, de mi montaña, entre los bohíos de una sola lú, que son como casa de pastores!, sólo que los pastores míos no tienen ovejas ni los cachetes coloraos como los del señor cura. Pero en esta noche, compadre, la montaña es como un nacimiento; puede ser que la noche esté oscura y no haya una sola estrella en el cielo, pero allá arriba, en cuanto empieza el codo a alumbrarse, a tó el mundo le parece que brilla más y más la estrella de Belén, y te juro que se siente uno, en la única noche que reparte lo que tiene entre tós sus iguales, como si estuviera más cerca de Dios y hay jíbaro que tiende para arriba la mano creyendo que va a coger la estrellita de las coplas. Acá en el pueblo hay mucho chisme en la misa de gallo, mucha finura para sentarse a comer en humildad y mucho borracho que se aprovecha de la chumba para mover las manos a su gusto.

DON MANUEL - ¡Poeta! No has escrito una sola décima, pero tienes el gusarapo dentro. Bien, me obligas a repartir la alacena. Llévate tu parte.

FELIPE - Ya me di el permiso por adelantado y voy bien surto. ¿No ves que estamos en noche de repartir? Porque yo soy como tu padre, ¿eh? Por si acaso sale verdad lo que dicen, me detengo a dejar algo en todo sitio donde he parado veinte minutos!

DON MANUEL - A pagar pues, las culpas del amor, que bien baratas te salen.

FELIPE - Con Dios, Manuel de Carrillo. ¿Te espero para reyes? Tenemos veinte noches pa los del pueblo.

DON MANUEL - Allá iré al desquite. Toma tú, para ayudarte en la distribución, pecador. Mañana te mandaré una listita para que la cumplas en mi nombre. ¡Y cuidado con que se te espante la yegua en el mismo barranco!

FELIPE - No hay miedo. Jíbara acostumbrá a señorito es mala pécora. Que la pascua te sea larga, compadre.

DON MANUEL - Y a ti que no se te achicharre el hígado. Deja la cuartita de cuando en cuando, aunque no agarres la estrella.

Risas. Mutis de Felipe. Don Manuel de Carrillo se sienta a una mesa para hacer la listita confidencial de su distribución de pascua.

DON MANUEL - (Sonriéndole a sus recuerdos) Nicasia, diez dólares; Justina... idemontrito de mujer!, es gastadora, veinte dólares; Petra, diez dólares; Delfina... media coqueta, iagradable!, pero está engordando demasiado, media ración, diez dólares; Monsona... idiantre!, iahora recuerdo que me pidió unos zarcillos!, diez dólares y unos zarcillos; Carmela... ropa para el chico, una caja de soldados y cinco dólares Antonia...

Aparecen por un fondo imaginario las tres primas de don Manuel, María del Carmen, María de los Angeles, María de los Dolores, itres flores de pascua, sensuales y pizpiretas!

MARIA DEL CARMEN - ¿Estás hablando solo, primo Manuel?

DON MANUEL - ¡Con el diablo, prima! ¿Me escuchabais?

MARIA DE LOS ANGELES - (Con pavor cómico) ¡Jesús, María y el otro! ¿Tienes trato con el diablo?

MARIA DE LOS DOLORES - Cuando se aburre. Buenas noches, primo Manuel.

DON MANUEL - Adelante, pimpollos. ¿Y a qué se debe el alegrón de esta preciosa visita?

MARIA DE LOS ANGELES - Somos tus huéspedes, hombre. ¿No nos has invitado a la cena?

DON MANUEL - ¡Es verdad! ¡Esta cabeza mía!

MARIA DEL CARMEN - Te advierto que después de la misa vendrá el resto de la familia, y la de tío Genaro y los dos dependientes de la lencería y Pedrito Ruíz. Corren rumores...

DON MANUEL - Algo he oído. Pues por mi parte, encantado con la compañía.

MARIA DE LOS ANGELES - ¿Nos llevarás a la misa de gallo?

MARIA DEL CARMEN - Yo mandé el reclinatorio desde las cinco.

MARIA DE LOS ANGELES - El primo se sentará a mi lado. Así podremos hacer chistes en voz baja.

MARIA DEL CARMEN - No, se sentará a mi lado. Se me está olvidando el latín del colegio.

DON MANUEL - ¿Y Pedrito Ruiz, niña? Al fin y al cabo es tu pretendiente.

MARIA DEL CARMEN- Es que lo haríamos rabiar. Además en cuanto mamá le da su aprobación al chico, empiezo yo a desaprobarlo.

MARIA DE LOS DOLORES - ¡Por Dios, Carmencita!

DON MANUEL - Me sentaré contigo, María de los Dolores. ¿Me lo permitirás?

MARIA DE LOS DOLORES - Con mucho gusto, primo Manuel.

DON MANUEL - Me estoy temiendo que tú y yo somos las dos únicas almas cuerdas de la familia.

MARIA DEL CARMEN - ¡Traigo el corazón que parece un cascabel! Por poco me voy con los chicos del vecindario a tocar latas. Me he robado tres anises antes de venir.

MARIA DE LOS DOLORES - Dios quiera que no le dé el olorcillo a la tía. Me hicieron tomar uno y tengo un bailecito en la cabeza.

MARIA DE LOS ANGELES - ¡Vamos, niña! No ofendas a la familia.

MARIA DEL CARMEN - Ni te hagas la mojigata. Acuérdate que el primo está soltero y en casa todavía no hemos perdido las esperanzas.

DON MANUEL - (Dramático) ¡Tengo cuarenta años, prima María del Carmen!

MARIA DEL CARMEN- ¡Pues los llevas con bastante arrogancia, primo!

MARIA DE LOS ANGELES - Parece que el diablo es una buena compañía para los hombres.

DON MANUEL - Aunque el beneficio es para las mujeres.

MARIA DE LOS DOLORES - ¿Por qué, primo Manuel?

DON MANUEL - Porque no hay un solo pensamiento malo de un hombre que no sea en provecho de una mujer.

(Risas breves)

MARIA DEL CARMEN - ¡Cuidado con tirarle de la lengua! El primo es muy verde.

MARIA DE LOS ANGELES - ¿Sois tan malos los hombres como decís?

DON MANUEL - ¿Has sentido, tú, alguna vez miedo cuando se te acerca un hombre que te guste?

MARIA DE LOS ANGELES - ¡Nunca! ¡Te lo juro!

MARIA DE LOS DOLORES - Es muy burlona, ¿sabes?

DON MANUEL - ¡No te burles jamás de un hombre, María de los Angeles!

MARIA DE LOS ANGELES - ¿No? ¿Por qué?

DON MANUEL - Tienes la nuca demasiado bonita para exponerte a su venganza.  
(Profético)

MARIA DE LOS ANGELES - ¡Huy, qué hombre más fino! Es una lástima no se te encuentre en casa más a menudo.

DON MANUEL - ¿Te gustaría, prima?

MARIA DE LOS ANGELES - No saldría de la tertulia, aunque tuviera que cumplir penitencia.

MARIA DEL CARMEN - Ni yo tampoco y además traería a Pedrito Ruíz, para que aprenda modales. A veces se toma unos calderones que no sabe una cuándo se va a arrancar.

DON MANUEL - Y tú, María de los Dolores, ¿vendrías a la tertulia del primo Manuel? ¡No me has prometido aun venir!

MARIA DE LOS DOLORES - Es que la fea de la casa soy yo. Tal vez no te fijarías en mí. Siempre me pasa igual.

DON MANUEL - ¡Como! Y esto lo dice el par de ojos más bonitos del municipio. No te fíes, Lolilla, no te fíes. Eres tan linda como tus hermanas. Sólo que esperas a que te lo digan; en eso eres la más puertorriqueña de las tres.

MARIA DE LOS DOLORES - ¿Tú crees? Yo no tengo suerte para los hombres, primo.

MARIA DEL CARMEN - ¡Bobadas de la niña! pretende sacar novio con los ojos clavados en el suelo. Para conseguir novio hay que adiestrar mucho el rabillo del ojo, rica.

MARIA DE LOS ANGELES - Siempre será un ejercicio saludable, aunque después a mamá no le guste el chico y haya que tirarle las celosías en las narices.

DON MANUEL - ¿Y por qué metéis a mamá en el asunto?

MARIA DEL CARMEN - ¡Se mete ella, primo!

DON MANUEL - ¡Pero eso es inicuo!

MARIA DE LOS ANGELES - ¿En qué pueblo, vives hijo?

DON MANUEL - ¿De modo que os casareís con el que más le guste a vuestra mamá?

MARIA DEL CARMEN - ¡No tanto, hombre! Tendrá que gustarme a mi también un poquillo.

MARIA DE LOS ANGELES - Yo estoy dispuesta a lagrimear y a ponerme flaca para que me acepten el mío.

DON MANUEL - Pues no me figuraba que fuera tan complicado este embrollo del noviazgo. Tendré algún día que imponer mi autoridad en la familia.

MARIA DEL CARMEN - ¿Para casarme a mí, primo?

DON MANUEL - Con el hombre que más te guste. Te doy mi palabra.

MARIA DE LOS ANGELES - ¡Si quisieras ayudarme!, te haría mi confidente. Es un morenito, con unos ojos que barrenan los Tadrillos del portal y escribe muy fino, ¿sabes?

DON MANUEL - ¿Y qué dice tu madre?

MARIA DE LOS ANGELES - Se ha empeñado en que hay que registrarle los papeles. Es forastero. Por fuera, podría pasar por rubio, ¡no vayas a creerte!

DON MANUEL - Candorosa manía del buen linaje. No hay que apurarse, nena. En la capital tengo yo un guasón, la mar de ilustre, que tiene hasta tinta preparada para estos casos. Como nos molesten mucho, te lo traigo convertido en un condesito.

MARIA DEL CARMEN - Sí, hombre; hay que revolucionar el orden social. Esto de pertenecer a una de las principales familias del pueblo, es el mejor pasaporte para quedarse soltera.

MARIA DE LOS ANGELES - Pues yo no me quedo, ¿sabes? Con la lengua que tengo, si me quedo en vino se va a acabar la paz del pueblo. Es más, estoy segura que me arreglarán una boda sólo para que deje de hablar mal de la gente.

MARIA DE LOS DOLORES - No digas eso, hermana. Tú eres demasiado buena para hablar mal de nadie.

MARIA DEL CARMEN - Y tú muy dulce de genio para rabiarse cuando se casen las demás. Aplícate en el bordado, niña, que te veo bordando para la iglesia.

DON MANUEL - ¡No, por Dios! Eso, nunca, ¡yo me encargo de casarlas a todas! a ti también, María de los Dolores, ¿quién te gusta a ti benjamina?

MARIA DE LOS DOLORES - Yo no soy tan picoreta, primo.

DON MANUEL - ¿Reservada? ¡Que primor de muchacha!

MARIA DE LOS ANGELES - ¡No le creas! Yo tengo el secretico de la paloma.

MARIA DEL CARMEN - ¿Habló dormida?

MARIA DE LOS ANGELES - ¡Muy despiertita que estaba! ¡Y con los ojos brillantes!

MARIA DE LOS DOLORES - (Con un gritito) ¡Maruca, no lo digas!

MARIA DEL CARMEN - ¿Es del pueblo? No, no es posible. Sería insólito el disimulo.

MARIA DE LOS ANGELES - Tanto como eso, no sé.

MARIA DE LOS DOLORES - No sabe nada, primo; son cuentos de gallina boba.

MARIA DE LOS ANGELES - ¿Ah, sí? Pues mi querida hermanita María de los Dolores me confesó, no hace mucho, que ella no busca novio, porque está enamorada de un hombre, ¡desde niña!

MARIA DEL CARMEN - ¡Que precocidad! ¡Hermanita, hermanita!

DON MANUEL - ¡Bah! Será de San Gabrielillo, arcángel.

MARIA DE LOS ANGELES - ¡Nada de santitos! Un hombre de carne y hueso.

MARIA DEL CARMEN - ¡Pero será posible! ¿Desde niña? Vámonos, a esta chica se le ha indigestado el Gautier Benítez de tía Bibiana.

DON MANUEL - ¡Demonios! Una romántica en la familia. ¡Ya somos dos! Me siento rehabilitado, palabra. Te doy mi promesa solemne, de que no dejaremos en paz a ese hombre hasta que se case contigo. ¿Me dirás a mí quien es, prima?



Ante la pregunta, María de los Dolores que ha despojado a todas las flores de pascua de su aterciopelada grana, se echa a reír. Es una risa de cachetitos apretados, una risa de niña que olvida que es mujer, para celebrar el tierno chasco de su corazón. Sus ojos asustados, ¡el par de ojos más bonitos del municipio, ya lo hemos oído!, se posan en don Manuel de Carrillo para disculpar el lindo disparate del momento. Las hermanas la acosan.

*S. Minuscuola*

MARIA DEL CARMEN - Tendrá que decírmelo a mí! Esta mocosa acaba de darme una lección terrible. ¡Quince años guardando un secreto! ¿Es que soy yo, la única que habla en la familia?

MARIA DE LOS ANGELES - Sí, chica. Esta pavisosa nos ha resultado una heroína de María del Pilar Sinúes.

MARIA DEL CARMEN - ¡Hay que desembucharla! A ver, el nombre o te pego un pellizco que te atravieso el corsé.

MARIA DE LOS ANGELES - Sí, que lo diga.

DON MANUEL - ¡De las mujeres discretas será el reino de los cielos!

MARIA DE LOS DOLORES - ¡Socorro, primo Manuel!

Don Manuel va en ayuda del corazón alegre, cascabeleando sus cuarenta años como lo hubiera hecho en la ronda de un baile jíbaro. Como hombre al fin, se siente agradecido a toda mujer que es "callá". Sobre el alboroto de las dos impetuosas encarama un perdón declamatorio:

DON MANUEL - ¡Las mujeres que callan tienen derecho a soñar en paz!

MARIA DEL CARMEN - ¡Ah, traidor! Nos abandonas, ¿eh? Pues aplazo el pellizco hasta la camisa de dormir. Te lo prometo.

MARIA DE LOS ANGELES - Deja a la pequeña. Es capaz de congestionarse de risa. A lo mejor, con su secreto, se siente feliz.

DON MANUEL - Tal vez- ¿verdad Lolita?

MARIA DE LOS DOLORES - ¿No eres tú feliz como eres, hermana?

MARIA DE LOS ANGELES - Niña, sírvete de tu propia discreción, para no hacer ciertas preguntas.

MARIA DE LOS DOLORES - ¿Pero hay alguna otra felicidad, primo?

DON MANUEL - La felicidad es como un almanaque, nena. Hay tantas felicidades como hojas tiene el librito del almanaque y cada día arrancas una hoja temblando de esperanza, creyendo que va a ser la última, la única felicidad de tu vida. Sólo que al volver la hoja te resulta un chascarrillo.

MARIA DE LOS ANGELES - (Con amorosa entereza) No, primo Manuel.

DON MANUEL - (Arrepentido) ¡Bah!, no le hagas tú caso a las coqueterías de mi imaginación. Para las mujeres no puede haber más que una felicidad, bonitilla.

MARIA DE LOS DOLORES - ¿Spi?

DON MANUEL - Algún día tú también la conocerás, cuando ese hombre que amas se dé cuenta de tu cariño; creerá que aún hay ángeles sobre la tierra, que eres la sombra de un sueño en botón. ¡Y tú serás tan feliz! Porque la felicidad de una mujer es siempre encontrar a un hombre que crea en todo lo que ella sueña.

MARIA DE LOS DOLORES - (Ingenua) ¿Creerá él?

DON MANUEL - Como en un milagro, ¡cómo se debe creer en un milagro!, con el corazón sereno, ese hombre, que sabe lo poco que duran los amores en otras mujeres, cuando sepa que tiene tu cariño desde tu infancia, que entre tus muñecas de niña, entre tus inquietudes de adolescente, entre tus anhelos de mujer, ha vivido él siempre, siempre, sin confiarle tu secreto a nadie, ni a tus hermanas, ni a tus padres, creerá en ti como en un milagro, no habrá un solo sueño de tus ojos, de tu boca, de tus manos, que no sea sagrado para él.

MARIA DE LOS DOLORES - ¡Primo Manuel!

MARIA DE LOS ANGELES - Lástima que no se entere el chico, ¿eh?

MARIA DEL CARMEN - Hay que arrancarle el secreto, es lo que yo digo; aunque sea a fuerza de pellizcos.

DON MANUEL - ¿Para qué? ¿Si ella misma lo dirá! Alguna vez tendrá que tropezarse de frente con los ojos del hombre amado.

Hechizada por la suavidad profética de la incitación María de los Dolores de Carrillo, digo, Lolita, ha levantado sus ojos hasta su primo Manuel, incapaz de contener ni un segundo más el bello secreto de su alma de alondra. Es la mirada más limpia más leal que ha recibido el solterón en su vida tormentosa. -¿Habrá ángeles sobre la tierra? - se pregunta arrobado, el último de los Carrillos, caballero fantasmón de su municipio. ¡He aquí el milagro!, ¡el milagro!; el solterón está materialmente de rodillas, con el corazón sereno, embalsamado por la fragancia pascual de unos azahares que lo llevan a la inmortalidad, conducido por el candoroso sueño de una señoritinga puertorriqueña. ¡Traspunte!,

una danza de Juan Campos, ¡aprisa!, ¡aprisa!, antes de que se me desboque el diálogo y se vaya a llegar hasta alguna cursilería del Tenorio. A lo lejos, la nochebuena despierta; voces, cantares, piropos; rumor de nochebuena que se acerca a festejar el triunfo de la pascua en el alma del caballero. Como alguien tiene que romper el momento, entra doña Bibiana.

DONA BIBIANA - ¡Hola, niñas! ¿Por qué no habéis entrado?

MARIA DEL CARMEN - ¡Felices Pascuas, tía! Nos entretuvo nuestro primo Manuel. (Besos)

DOÑA BIBIANA - Contando sus picardías, ¿no? Le es de natural alabancioso.

MARIA DE LOS ANGELES - ¡Por Dios, tía Bibiana! No es tan malo el primo como dicen.

MARIA DEL CARMEN - (Con sorna) ¡Si es casi un santo! ¡San Gabrielillo, arcángel! Además, nos ha prometido ayudarnos a casar.

DOÑA BIBIANA - ¿Por qué no se casa él? Así tendremos un Carrillo menos por quién rezar. Ven acá, encantito, dame un beso (a Lolita).

MARIA DE LOS DOLORES - (Despierta, al fin) Buenas noches, tía.

DOÑA BIBIANA - Buenas noches, sonsa. Pero, ¡qué palidita estás! ¿No te sientes bien?

MARIA DE LOS ANGELES - La pobre niña padece de alucinaciones desde que le dieron las lombrices.

DOÑA BIBIANA - Pues a no hacerlas caso y a consultarlo con el cura para que te dé una oracioncita.

MARIA DE LOS DOLORES - Bromas de Maruca, tía.

DOÑA BIBIANA - Tú, ¿cuándo vas a dejar ese aire mustio? Y luego, ¿ya estás renegando porque te he hecho cenar con la familia?

DON MANUEL - Esta noche es noche de milagro, miña nai ¡Soy tuyo en cuerpo y alma!

DOÑA BIBIANA - Antes pudiste seguir la tradición de tu casa, que no estarte por ahí con jibaras zafias o borrachos de pueblo, ofendiendo a Dios y a tu nombre.

DON MANUEL - ¡Perdón!

DOÑA BIBIANA - Pues a alegrarse, mando; antes de que empiece yo a pensar en mi padre, el español. ¡Ay!, en ninguna noche lo siento tan cerca de mí como en esta bendita pascua.

MARIA DEL CARMEN - (Con aflicción picaresca) Tía, no se aflija, que la morriña le va mal a las castañas.

DOÑA BIBIANA- (Segundo ¡ay!) ¡Ay, qué daría yo por volverme a sentar en aquella mesa de nochebuena! ¡Toda la familia! Hasta el padre de éste, que era bastante rabilargo, llegaba con mi hermana y contigo, Manuel, a la nochebuena del español. Ustedes, que eran niñas, se les despertaba rociándoles agua en las caritas. La cena duraba hasta las cuatro.

MARIA DE LOS ANGELES - Pues aquí vendremos los que quedamos a la nochebuena de la tía más meiga que hay sobre la tierra; ¿me ayudarás a armar bulla, primo?

DON MANUEL - ¡Me canto yo un ay, lelolelo lelolelolé con mucho estilo! y que conste, que lo aprendí de un galleguiño a quien se le enredó el alalá de su tierra en la mía. ¡Ya verán ustedes! Hay que anunciar al Mesías alegremente, como cantan los chicos en la calle. Para eso es la nochebuena, ¡para que todo sea bueno!, la cena, el humor, los pensamientos. ¿Verdad, María de los Dolores?

MARIA DE LOS DOLORES - Verdad será, primo Manuel.

MARIA DEL CARMEN - Yo me tomaría una copita de añís. Así llego más ligero a la escarcha. Este año es mía, ¿eh?

DOÑA BIBIANA - De todo habrá y para todos; ¡ay, si lo viera mi padre! En fin, no habrá más suspiros. Ya se que te ponen nervioso. ¿Por qué no se quedó el terco de Felipe?

DON MANUEL - Tiene allá arriba un nacimiento que dice que no lo cambia por el del cura.

*desafinan →*  
Trulla junto a las persianas de don Manuel de Carrillo; voces de chiquillos que desafinan acompañados por unas latas, los aires natividades. Un títere, ¡cómo no! baritonea el corro mugriento; al son de las latas, marcan cántigas añejas: "Los magos que vinieron a Belén"; "Señora Santa Ana, ¿por qué lloa de niño?"; La virgen lavaba, San José tendía" y otras nobles jaculatorias de la nochebuena puertorriqueña. Una voz arguarentosa de borracho, ¡por qué no! añade por su cuenta el sonsonete de "sí

me dan pasteles, démelos calientes". Doña Bibiana se aprovecha del ruido para dedicarle tres suspiros corridos a la memoria de su bien llorado progenitor. Don Manuel de Carrillo se acerca magnánimo a la ventana. Se oye el rumor del velloneo en la acera y se interrumpe la música para dirimir el por ciento a puñetazos. Alguna mala palabra de un agredido pone su poco de mostaza en el donaire de la chiquillería. María del Carmen y María de los Angeles, tras las persianas gozan el pugilato. La distancia restaura el silencio y el autor puede continuar su boceto.

DOÑA BIBIANA - Acompáñeme María del Carmen. Vamos a preparar las bandejas.

MARIA DE LOS ANGELES - Voy contigo también, tía. Quiero aprender como se arregla la mesa para una nochebuena.

DOÑA BIBIANA - Algo aprenderás y de paso, te cascás las nueces.

Mutis de las tres. Quedan solos don Manuel de Carrillo y su prima María Dolores. El picapleitos del pueblo se relame ante la posibilidad de pedir dispensa.

DON MANUEL - ¡Lolita!

MARIA DE LOS DOLORES - (Manso rubor) Debo ir a ayudar a la tía.

DON MANUEL - Es preciso que hablemos tus ojos y yo, una vez más, ia solas!

MARIA DE LOS DOLORES - (Mirada de manso dulzor) ¡Primo Manuel!

DON MANUEL - (Con seráfica entonación) ¡María de los Dolores, linda dolorosa de mi casta, novia mía!

MARIA DE LOS DOLORES - Sí

DON MANUEL - Déjame otra vez mirarte a los ojos, te lo suplico. Hay en ellos como un voto de desposada.

MARIA DE LOS DOLORES - Tu desposada soy, primo Manuel.

DON MANUEL - Tenías que ser tú, prima chiquitina del lazo azul, la que yo mecí en mis rodillas para olvidar mi caja de soldados y mi plana de letra inglesa, como un primer sueño de galán, tenías que ser tú la que me guardara esta mirada que es como el espejo tutelar donde yo deseaba mirarme algún día. Se acabó el dolor de buscar compañera para el corazón del Manuel de Carrillo, de buscar dama que pudiera rezar en el reclinatorio de mi madre por la paz de la casa. Gracias por tu paciente amor, por la pureza amorosa de tu frente tímida, gracias más aún por el voto de desposada que para mí guardaron tus ojos.

MARIA DE LOS DOLORES - (Con voz de miel) Novia tuya fui durante toda mi vida; aún mi cabeza no podía sostener ninguna pretensión que no fuera la de mi lazo azul y ya me decían que algún día ¡algún día! tendría que ser esposa del primo Manuel. Si no me dejaba peinar la nodriza me amenazaba con que no me casaría contigo porque a ti te gustaban las niñas presumidas. Después supe que todas las niñas de mi familia te habían sido prometidas secretamente desde que nacimos. ¡Pero yo era demasiado chica para sentir celos! Inocentemente le di tu nombre al muñeco que más amaban mis brazos. - Si pudiera ser con el primo Manuel- musitaban mis padres a nuestro alrededor, esperanzados de hilvanar su virtud una vez más; - alguna tendrá que casarse con el primo Manuel de Carrillo- nos bromeaban las solteras de la familia, que envejecieron tal vez esperando a tu padre. Cuando un día me rebelé contra aquel compromiso misterioso que no se me permitía tener las rodillas sucias, ni reír con ganas, ni trepar hacia las aceras, al preguntarle a la nodriza: -¿Por qué no se casa con una de mis hermanas? -me contestó con malicioso enfado- Siempre le toca a la pequeña Lolilla; son muchas las envejecidas que esperaron que un Carrillo madurara.-- La destinada era yo, según los risueños cálculos de la nodriza, ¿comprendes?

DON MANUEL - ¡Comprendo, ángel de mi casa, comprendo!

MARIA DE LOS DOLORES - Llegué a los quince años y aprendí las danzas que a tí te gustaban. -Tienes que tocársela al primo Manuel cuando nos visite- me decía mi madre siempre con aquella penosa esperanza en los ojos; aprendí a bailar el vals porque era tu pieza favorita. -Hará una buena pareja con su primo Manuel- decían. Mientras mis hermanas chismeaban sobre sus amores, dispuestas a no envejecer por el amor de un Carrillo, yo bordaba los pañuelos que te regalaríamos para tu santo. Si de niña le di tu nombre a mi muñeco, más tarde lo repitieron las puntadas de mi aguja.

DON MANUEL - Has tenido el corazón cautivo, mi linda . ¡Te juro que no soy responsable de ese delito! ¡Te lo juro hoy, que tanto tengo que agradecer!

MARIA DE LOS DOLORES - <sup>Puede</sup> pude hacer lo mismo que mis hermanas, que también te fueron prometidas y no lo hice. Una sola angustia tenía en el alma y nació de la amargura de otra mujer de nuestra familia que soñó con tu padre como yo soñaba contigo. Un día, una de las envejecidas me dijo que era muy cruel la manía de los Carrillo de no dividir su hacienda, que era inicuo esclavizar a las mujeres de una casa para no tener que repartir el capital y que la esperanza penosa de los ojos de mi madre no era porque fueras tú el mejor marido, el galán cristiano que haría feliz a la pequeña sino el dolor prematuro de una madre que tiene que sacrificar a su hija para que siga la prosperidad de la casa. Yo sentí que se derrumbaban los sueños de mi juventud enamorada; ¡ahora no se casará conmigo!, ¡es demasiado noble el primo Manuel para soportar tan ruin pensamiento!, me repetía desoladamente. Caí llorando en brazos de nuestro párroco y se lo conté todo. El santo amigo me consoló; me dijo que no hiciera caso de los pensamientos malos, que algún día tú vendrías a reconciliarte con Dios, que mis padres lo que buscaban era tu brazo de caballero, de familiar y que yo tenía derecho, como cualquier otra mujer honesta, a soñar que eras el esposo que el cielo me deparaba.

*delcete*

DON MANUEL - ¡Deleite del cielo son tus palabras, niña mía!

MARIA DE LOS DOLORES - Por ti he sentido los celos de saberte siempre lejos, por ti he rezado noche tras noche para esperarte cerca, para ti he guardado todas las ilusiones de la novia, ¿qué más puedo decirte sin ofender a Dios!

DON MANUEL - Yo no sé si mi justicia de hombre tiene que condenar lo que para mi es hoy beneficio de mi alma. Sólo sé que te quiero, que en este momento tengo a la pascua cantando en mi corazón, un cantar que creía malogrado para siempre, que era más bien el eco de un sueño de la infancia, que se había ido como se va siempre la vida sin reparo de lo que troncha o de lo que arrebató. ¡Ven a mí, María de los Dolores, dama de mi casa, flor de mi mayorazgo! ¡Te quiero! Ha concluido el dolor de toda nuestras angustias: la tuya, la de perder tu ventura silenciosamente salvada hasta de los pensamientos bastardos; la mía, la de creer para siempre malograda la grandeza patriarcal de esta casona que siempre tuvo más fe en el corazón de oro de sus mujeres que en la barra de plata de sus haciendas.

MARIA DE LOS DOLORES - ¡Contigo seré siempre como tú quieras que sea!

DON MANUEL - Esta noche, después de la misa, cuando la cena esté servida para la noche pascual de nuestra tierra, cuando los buenos pensamientos estén en alto anunciaremos a la familia: ¡esta noche buena don Manuel de Carrillo toma esposa entre las mujeres de su casa! Las flores de pascua serán pronto flores de azahar para la linda María de los Dolores de Carrillo, prometida desde niña a su primo Manuel.

MARIA DE LOS DOLORES - ¡Como tú quieras; como tú digas!

DON MANUEL - Como si fuera otro romancillo primoroso de la nochebuena puertorriqueña, para que en todas las noches de nuestra pascua lo cante la chiquillería del vecindario junto a las persianas de la casona donde vive la niña del lazo azul, quien guardó amores desde la cuna para su primo y esposo, con los ojos bajos y el corazón cautivo.

Tiene bonita palabra don Manuel de Carrillo. ¡Caballeros, la señorita está desfallecida! Hay que bajar el

TELON

Emilio S. BELAVAL.

San Juan Bautista de Puerto Rico. Vísperas de la pascua del 1937.